

- D. ANS.— Y, en fin, tiene habilidades  
Que juntas le constituyen  
Un rival muy formidable.
- ADEL.— Para usted es bien pequeño.
- D. ANS.— ¡Ojalá! Mas olvidarme  
No puedo de que usted misma  
No lo halló tan despreciable  
Cuando....
- ADEL.— Si le admití, fué  
Por obediencia á mis padres.

## VI

## «EL AMIGO INTIMO.»

Teodoro y Juanita son dos jóvenes de buenos pañales, que se conocieron y enamoraron en Valencia, donde ella estuvo educándose en un convento por espacio de dos ó tres años. El padre de Juanita, D. Vicente, vecino acomodado de San Felipe de Játiva, donde pasa la acción, tuvo conocimiento de tales amoríos, que no le acomodararon, á causa de la pobreza del pretendiente; y se trajo de Valencia á su hija para casarla con un rico de San Felipe, llamado Don Frutos, grande amigo suyo, cosechador de alfalfa y algarroba, y hombre de buen sentido, por más que no fuera de los que inventaron la pólvora. La

joven estaba dispuesta á casarse por simple obediencia á la autoridad paterna, si bien ni le agradaba el novio, ni olvidaba á Teodoro. Padre é hija habian ido á Valencia á comprar algunas galas para la boda, dejando su casa al cuidado del ama de llaves Doña Damiana, y de los criados, cuando da principio la comedia con la aparición de Don Cómodo (el amigo íntimo), y de Teodoro, el antiguo pretendiente, que viene en su compañía y bajo su patrocinio.

Don Cómodo es uno de esos hombres amigos de sus comodidades y que se las proporcionan á costa del prójimo, no precisamente por egoísmo ó por cálculo ruin de la propia ventaja, sino más bien por maneja y generosidad de carácter; pues sintiéndose ellos mismos capaces y en buena disposición de prestar todo género de servicios, aplican su propia medida á los demás, y los ocupan y utilizan con la misma franqueza con que los servirían llegado el caso. Don Cómodo era indiano, es decir, español, que habiendo residido algunos años en las colonias de América, vuelve á su tierra con dinero ó sin él; pero llevando siempre más ó menos modificadas las ideas y las costumbres de sus paisanos. Al pasar por Valencia relacionóse con Teodoro y supo su inclinación hacia Juanita; así como su desesperación á causa de la próxima boda de ésta con Don Frutos:

oyendo decir quién era el padre de la joven, recuerda que el Don Vicente ha sido condiscípulo suyo en el colegio, donde siempre se acompañaban en sus estudios y fechorías, profesándose mutuamente confianza y cariño: él, por lo demás, nunca había olvidado al tal condiscípulo y hasta se proponía buscarle y pasar una temporada en unión suya. ¿Qué podía hacer ahora de más provecho que llevar consigo á Teodoro á San Felipe de Játiva, á la casa misma de Don Vicente, y obligar á éste, con el influjo de la amistad, á dar á su protegido la mano de la hija?

Como lo pensó lo ejecuta; del carruaje hace bajar á los portales de la casa de Don Vicente las maletas suyas y de Teodoro. Dice á voz en cuello á los criados, que es amigo íntimo del amo; que nada importa que se halle éste ausente, y que él le esperará allí aunque sea diez años. Su carácter queda pintado de mano maestra en el siguiente diálogo que entabla con el amo de llaves en la escena V del acto I:

D. COMODO.—¡Vaya, vaya, y qué modo tan raro de agasajar á un amigo íntimo del amo de la casa! Tenerle dos horas esperando en un portal húmedo y desempedrado, descuidar su equipaje, despreciar su persona...

Da. DAMIANA.—Pero, caballero; si nosotros no teníamos el honor de...

D. COMODO.—Sí, señora, lo dicho dicho;

soy el mejor amigo de D. Vicente, el amigo de su infancia, el único que tiene y que tendrá probablemente, aun cuando viva más años que jácaras se escriben en Valencia.

Da. DAMIANA.—Repito que como ni conocíamos ni esperábamos á usted....

D. COMODO.—Fues debían ustedes conocerme y esperarme.

Da. DAMIANA.—Si es ésta la primera vez que en toda nuestra vida hemos visto á usted, cómo podíamos....

D. COMODO.—No importa; Vicente habrá hablado de mí á todas horas y....

Da. DAMIANA.—Nunca, señor, nunca.

D. COMODO.—¿Cómo! ¿No ha hablado á ustedes de su amigo Cómodo?

Da. DAMIANA.—No por cierto; jamás se ha pronunciado semejante nombre en esta casa.

D. COMODO.—Así me gustan á mí los amigos: que no charlen ni ponderen, pero que piensen en uno y le sirvan cuando llegue el caso y yo le aseguro á usted que Vicente no ha dejado de pensar en mí desde que nos separamos.

Da. DAMIANA.—Eso es lo que yo no podré decir á usted, porque jamás supe cuando pensaba ni amo ni lo que pensaba.

D. COMODO.—Pues yo sí lo sé. ¡Oh querido Vicente! ¿Cuál me va á ser tu sorpresa cuando me estreches en tus brazos!

D. TEODORO.—¡Sorpresa! ¿Pues no me aseguró usted que le esperaba con tanta impaciencia que...

D. COMODO.—Ya se ve que me esperaba; treinta años hace que se lo prometí en el colegio, y otros tanto han pasado sin que pudiera cumplirle tan sagrada promesa, gracias á la vida errante y peregrina que he llevado: pero conociendo como conoce mi carácter, no puedo menos de aguardarme por instantes, y estoy seguro que hasta el cuarto me tiene destinado.

Da. DAMIANA.—No, señor, no hay ningún cuarto destinado para usted; ninguno absolutamente.

D. COMODO.—¿Eso es de veras?

Da. DAMIANA.—Y tan de veras!

D. COMODO.—Pues entonces me quiere tener en su alcoba, porque si nó...

Da. DAMIANA.—Puede que ésta haya sido su intención; pero la alcoba es tan chica que no sé cómo han de caber dos catres.

D. COMODO.—¡Valiente dificultad! ¡Hay más que dormir los dos en el suyo! etc.

Desde este momento Don Cómodo se establece como amo y señor absoluto de la casa, amenazando al ama de llaves con despedirla si no cumple sus órdenes; recibiendo él mismo á un criado despedido por Don Vicente dos ó tres días antes, y haciendo baja en el precio de unos terrenos del propio Don Vicente á un comprador de ellos á quien induce á mandar tirar la escritura. A todo esto Don Cómodo se ha puesto la bata y la gorra del ausente, pi-

de á gritos la comida, que no se debía servir sino á la llegada de la familia; manda subir botellas de vino é invita á la mesa al novio Don Frutos que llega en esos momentos y que después de haber procurado en vano demostrar á aquel ente original lo irregular de su modo de proceder en una casa ajena y en ausencia del dueño, acaban por sentarse y comer en su compañía. Entretanto Teodoro se admira de los actos de su protector que le parecen inexplicables, y le hace reflexiones inútiles acerca de lo que tales actos se apartan del uso común y de lo difícil de que sean aceptables á los ojos de Don Vicente cuando llegue á saberlos. Los hechos no tardan en justificar tales reflexiones, pues llegan de Valencia D. Vicente y Juanita al principio del segundo acto, y los dos antiguos camaradas de colegio empiezan por no conocerse mutuamente; admirándose los recién llegados de hallar sentado al bufete á un hombre con la bata y el gorro de Don Vicente, y empeñándose Don Cómodo en que el mismo Don Vicente lleve al correo la carta que él acaba de escribir. En suma, y no obstante que á poco el ama de llaves los presenta uno á otro como á dos amigos íntimos, Don Vicente no se acuerda ó no quiere acordarse de Don Cómodo, á quien supone loco cuando menos. He aquí una parte de la escena VII del acto segundo.

D. COMODO.—¡Por vida de sanes! ¡El bueno de Vicente! ¡Cuánto gusto tengo!

D. VICENTE.—No sería menor el mío si pudiera traer á la memoria....

D. COMODO.—¡Qué! ¿No te acuerdas de mí?

D. VICENTE.—No por cierto.

D. COMODO.—¿Conque no te acuerdas de Cómodo, de tu condiscípulo en los Escolapios de arriba, de aquel con quien jugabas á la pelota, al toro, á los soldados....

D. VICENTE.—Bien me acuerdo de los Escolapios de arriba; pero he jugado con tantos al toro y á los soldados....

D. COMODO.—De aquel que se servía siempre de tu cortaplumas y de tu Calepino para no echar á perder los suyos; que llegaba á la clase media hora después que tú; que saltaba por encima de tus piernas para ir á su asiento; que....

D. VICENTE.—Y que cuando me describaba se confía mi merienda?

D. COMODO.—El mismo.

D. VICENTE.—¡Cómo! ¿Es usted?

D. COMODO.—Precisamente. Ya sabía yo que, al cabo, te habías de acordar de.... Con todo, mi memoria es mucho mejor que la tuya, y no he olvidado ni el nombre ni las facciones de quantos estaban conmigo en el colegio: así no los he perdido jamás de vista, y te juro que desde que llegué de América no se ha pasado día sin que visite á alguno de ellos y coma en su casa ó cene ó duerma. Hoy te ha

tocado á tí la vez; pero no creas que te confundo con los demás, porque te destino una larga temporada.

D. VICENTE.—No se incomode usted.

D. COMODO.—¡Incomodarme en tu casa! Pues si estoy mejor que en la mía, etc.

A continuación y sin preámbulo, Don Cómodo aborda la cuestión del casamiento de Juanita para quien trae un novio á quien no nombra y á quien padre é hija se niegan, naturalmente, á aceptar, declarando su compromiso formal con D. Frutos. Algo se humaniza, sin embargo, la doncella al saber que se trata de Teodoro, á quien conoció y amó anteriormente; aunque ni ella ni él, en la entrevista que allí tienen, logra comprender la conducta de Don Cómodo. Este, entretanto, y como si ya contara con el consentimiento de padre é hija, se viste con la ropa de Don Vicente no estrenada, y, aunque llueve á cántaros, sale en busca del notario para que extienda el contrato de casamiento. El novio oficial D. Frutos, alarmado con el empeño de Don Cómodo, la aparición de Teodoro, las inequívocas muestras de simpatía de Juanita hacia el valenciano y algunas reticencias de ella y de su padre relativas á los antiguos amores de la joven, entra en sospechas y recelos y abandona el campo á fuer de prudente. La acción avanza y las relaciones

de todos los personajes entre sí han llegado á un extremo de tirantez insupportable. Teodoro, rechazado por D. Vicente por el solo principio de que quien le presenta y patrocina es Don Cómodo, echa pestes contra su protector; Juanita no tiene palabras bastantes á ponderar las imperiencias y extravagancias del indiano, y D. Vicente está hecho un basilisco contra el advenedizo que le invade la casa, le come la comida, le usa la ropa, le quiere casar á la hija y le usurpa hasta la cama, pues cuando todos creían que en la noche se había ido á alguna posada, resultó que ocupaba el lecho mismo de Don Vicente, no teniendo éste, en tal virtud, donde acostarse. El tal D. Vicente, que había ya nuevamente despedido al criado perdonado por D. Cómodo, y hecho trizas la escritura de venta de la huerta al serle presentada por el comprador para que la firmara, manda á sus domésticos que saquen de la cama al indiano y le traigan á su presencia para decirle cuántas son cinco: ya con ellos Teodoro á fin de evitar violencias, pues cree posible hacer oír á Don Cómodo la razón y llevarsele á la posada por las buenas, para partir los dos á Valencia á otro día muy temprano. Pero entretanto y como por magia, cambian completamente las cosas, siendo el oro mexicano, específico de que Don Cómodo se había propuesto usar en

último caso, el talismán que muda y avasalla la voluntad del padre. Entrase al cuarto de éste el escribano con el contrato de casamiento de Teodoro y Juanita ya extendido y en que consta que el indiano dota con cincuenta mil duros á la mujer de su protegido. Don Vicente cree al principio que se trata de alguna nueva extravagancia; pero el escribano le dice que Don Cómodo ha depositado en su oficio tal cantidad en letras de cambio contra las mejores casas mercantiles de España y queda el padre desde aquel instante convertido en amigo íntimo del indiano, á quien acoge ya con extremado cariño. Don Cómodo, furioso de que con tan pocos miramientos le interrumpieran el sueño y le sacarán de la cama, al ver al escribano con el contrato listo, entiende, que le han hecho levantarse para firmarle, y la comedina termina del siguiente modo:

D. COMODO.—¿En qué, pues, nos detenemos? ¿Lo has leído ya, Vicente?

D. VICENTE.—No; pero no hay necesidad.

D. COMODO.—Dices bien; entre dos amigos como nosotros, con uno que lo lea basta.

D. VICENTE.—Seguro.

TEODORO.—¿Y ese contrato es el mío?

D. COMODO.—¿Pues de quién ha de ser señor incrédulo? De usted y en prueba de ello firmémoslo los que hemos de firmar y salgamos del paso.

D. VICENTE.—Con mucho gusto; daré el ejemplo.

TEODORO.—¡Juanita!

JUANITA.—Repito á usted que luego le explicaré este enigma.

D. COMODO.—Ahora ustedes.... y ahora yo para que el escribano pueda cerrar la marcha con el acostumbrado "de que doy fe."

ESCRIBANO.—Ya la dí antes de que ustedes lo hicieran, para no hacerlos esperar.

D. COMODO.—¿Y qué dicen ustedes ahora? ¿Es Vicente mi amigo íntimo ó no lo es?

TEODORO.—Ya.... habrá usted acudido al específico y....

D. COMODO.—No por cierto; siempre tuve confianza en su buen corazón.... vamos, no hubo necesidad de echar mano de su virtud, que si la hubiera habido.... ¡Jesús! ¡Las doce, y yo todavía en pie!

D. VICENTE.—Sí, sí; bueno será descansar, y mañana....

D. COMODO.—¡Bravísimo! Mañana se casarán los chicos, se les cumplirá á esta buena gente todo lo que les he ofrecido, y empezaremos nosotros á existir de nuevo bajo los auspicios de nuestra antigua amistad.

TEODORO.—¡Viva nuestro bienhechor!

D. VICENTE.—¡Viva mi amigo!

D. COMODO.—Y por eso, y porque nunca hago mal á nadie y sí bien á cuantos puedo: por eso, repito, me creo con derecho de llamarme el amigo íntimo de cuantos me conocen.

## VII

## REFUNDICIONES DE PIEZAS ANTIGUAS

Ya dije en las "Noticias bibliográficas" que al frente del "Apéndice al Teatro Escogido" conteniendo refundidas las comedias "Bien vengas, mal, si vienes solo" de Calderon, y "Lo que son mujeres" de Rojas, corre un prólogo de Gorostiza, y voy á insertarle aquí.

Las ideas en él expresadas respecto del antiguo teatro español son las de la escuela de Moratin, á que pertenecía Don Manuel Eduardo, y que no transigia respecto de unidades.

En el mismo escrito se hallan claramente indicadas las alteraciones y modificaciones hechas á las dos expresadas comedias.

Dice así el prólogo:

"Débense estas dos refundiciones á una ó mera disputa entre varios amigos, que discutían sobre el antiguo repertorio español, y que, conformes todos en el aprecio de su mérito intrínseco, diferenciaban sin embargo en tal cual accidente. Dijose allí, entre otras cosas, que los defectos de que se le acusa, ó no lo eran, ó eran, cuando más,

consecuencias inherentes de los géneros dramáticos que entonces estaban á la moda. Semejante opinión no fué la del autor de estas refundiciones, enemigo declarado de todo fanatismo, incluso el literario; y quien sostuvo que si Lope ó Calderón habían pecado alguna vez contra las reglas de la razón, no lo habían hecho ni por ignorancia ni por necesidad, sino porque quisieron trabajar muy de prisa y porque para ello les incomodaba la menor traba. Añadió también que nuestras comedias eran otros tantos monumentos de ingenio y gracia; pero que, en su concepto, no habrían sido peores por haber sido arregladas, etc., etc.

"Sabido es que la mayor parte de las disputas degeneran en rencillas, y que cuando empiezan á escasear las razones se suele echar mano de las personalidades. No es extraño, pues, que así sucediese en esta. Cargaron todos sobre el disidente y le pusieron como nuevo. Hubo aquello de que él no era capaz de hacer otro tanto, y de que era sólo un aprendiz, y..... quién sabe lo que hubo! y eso que aquel convino, y de buena fe, en cuanto se quiso acerca de su propia inutilidad. Sin embargo, la gritería hubiera durado hasta el amanecer, si uno de los asistentes no hubiese metido el montante y propuesto, para conciliar los ánimos, que se hiciese un ensayo que desengañase

á los ilusos; esto es, que Gorostiza refundiese dos comedias á su modo y que las presentase luego para ser juzgadas. Gorostiza aceptó esta especie de desafío, y habiéndosele designado la de "Bien vengas, mal si vienes solo" de Calderon, y la de "Lo que son mujeres" de Rojas, se ocupó al punto de su trabajo. Refundiólas efectivamente; leyólas, gustaron, representáronse, aplaudiéronse, y no se imprimieron hasta ahora. Hé aquí en abreviatura su historia.

"El lector decidirá si la primera ha perdido algo de su movimiento ó de la complicación de su intriga, y la segunda de su originalidad y picante, por haber quedado ambas de "escena fija," y por estar sujetas á las otras unidades.

"Advertiremos, por último, que en la impresión de "Lo que son mujeres," hemos suprimido, en favor de la decencia, algo "atartufada" de nuestras costumbres actuales, muchos chistes que á nuestros abuelos no escandalizaban, y que hoy quizá parecerían demasiado vidriosas."

## VIII

SOBRE EL GENIO POETICO Y EL GENERO  
DE GOROSTIZA.

Evidentemente no se inclinaba el genio poético de Gorostiza al género sentimental de que tuvo desde su juventud buenas muestras en España en las obras de Arriaza y Melendez, y que iba ya declinando en gemebundo en algunas de las composiciones de Cienfuegos. Tampoco se calzó jamás el coturno de Quintana y Gallegi, habiendo preferido desde sus primeros ensayos la musa tranquilamente observadora y filosófica de Moratin, animada de la agudeza y la sátira del Juvenal español Don Francisco de Quevedo.

Mas no por ello se podría decir que careció de sentimiento ni de brillante imaginación. Salpicadas de rasgos de uno y otra están sus comedias. El carácter de Don Cómodo en "El amigo íntimo," á vueltas de las excentricidades del personaje, es profundamente tierno: aquel hombre que se ha hecho rico en fuerza del trabajo, no tiene otra ilusión que volver á ver á los compañeros y amigos de su niñez, gastar con ellos sus riquezas y hacer bien á sus semejantes: en la bondad de su corazón

juzga de los demás por sí mismo, y se queda en el dulce error de que, no la dote que él ha destinado á Juanita, sino la sola intervención de la amistad, decidió á Don Vicente á dar á Teodoro la mano de su hija. En "Indulgencia para todos" los diálogos entre Severo y la supuesta Flora, en que el primero enamora á la segunda, nada envidian á las conversaciones amorosas de los galanes de Calderón y de Lope de Vega. En la escena cuarta del acto cuarto de la misma comedia, exclama Don Severo:

"Qué compasión, en verdad,  
Merece el que se separa  
De la línea del deber!  
¡Infeliz! hartó le cuesta,  
Y el tiempo me manifiesta  
Lo que no supe entender  
Cuando, venturoso, el nombre  
Ignoraba del disgusto;  
Mas ¡ay! que siempre fué injusto  
Si fué venturoso el hombre."

En cuanto á imaginación, la trama de sus comedias y multitud de pasajes de ellas demuestran que tal facultad no era escasa en nuestro dramaturgo, y que sabía aplicarla sin desviarse de la razón ni del buen gusto.

Superiores á la imaginación y al senti-



miento eran en él, sin embargo, la razón y la filosofía, cuyos destellos aparecen á cada momento en sus obras, envueltos unas veces en la forma ligera del chiste, y otras en frase grave y que profundamente impresionan. He aquí algunas muestras:

En "Indulgencias para todos," escena cuarta del acto segundo, dice Don Severo:

"Bueno fuera, pese á tal,  
Que así al deber se faltase  
Y uno luego se escudase  
Con la causa de su mal.  
No, señor: el criminal  
Cuando halaga su cadena  
A sí mismo se condena,  
Y, pues no tiene disculpa,  
Ya que cometió la culpa  
Que sufra también la pena.

.....  
.....La pasión  
También encuentra barreras  
Que establecieron severas  
Ya la ley, ya la razón.  
Que una vez á la opinión  
O al capricho se permita  
Despreciar lo que limita  
Nuestro humano desenfreno,  
Y si hallaren hombre bueno  
Pueden ponerle en su ermita."

Más adelante dice el mismo personaje:

"La naturaleza nunca  
Pierde sus derechos santos.  
Y aquel que los desconoce  
Es imbécil ó malvado."

Don Pedro, el presunto suegro, dice:

"Juzgamos, ni más ni menos,  
Lo mismo que aconsejamos:  
Cuando no nos duele, duro;  
Y cuando nos duele, blando."

Por último, en la escena primera del acto quinto, dice Tomasa á Don Severo:

"Nunca comprender pudiera  
Vuestro extraño sentimiento  
Si una parábola ó cuento  
Su explicación no me diera.  
Dicen que allá en la Baviera  
Cierta "quidam" se encontró  
Un pendiente, y que le halló  
Tan fino, terso y brillante,  
Que desde luego diamante,  
Y fino, le pareció.  
Por su desgracia un platero  
A quien lo quiso vender,  
Hizo pronto conocer  
A este pobre caballero  
Que su valor era cero;  
Y, á pesar de su jactancia,  
Confesó, al fin, que, en sustancia,  
La joya tan ponderada  
Era (si usted no se enfada)

Sólo una piedra, y de Francia.  
 En vano se desespera,  
 Lloro, se queja y maldice  
 Hallazgo tan infelice.  
 Nunca consolado fuera  
 Si la fortuna no hiciera  
 Que á su lado reparó,  
 Cuando menos lo pensó,  
 Un pequeñuelo inocente  
 Jugando con el pendiente  
 Compañero del que halló.  
 ¡Hola! dijo el aburrido,  
 Este niño se complace  
 Y alegre se satisface  
 Con un diamante fingido;  
 Pues si no hubiera tenido  
 Por fino, terso y brillante  
 A mi soñado diamante,  
 También con él jugaría;  
 Luego la culpa fué mfa, etc.

Los versos que dejo copiados en este capítulo por su carácter y forma demuestran que Gorostiza era también poeta lírico, circunstancia que media respecto de casi todos los poetas dramáticos, por la sencilla razón de que lo más contiene lo menos. Las bellísimas estrofas en que Inés, en "Las costumbres de antaño," pide marido, escritas en castellano antiguo, vienen á confirmar lo dicho. Es de creerse que si Gorostiza no cultivó en más vastas proporcio-

nes la poesía lírica, fué porque, poseyendo la facilidad de urdir fábulas dramáticas poniendo en escena á sus personajes y en acción sus ideas y sentimientos debió parecerle descolorido y estéril cualquiera otro campo. Escribió, si embargo, composiciones sueltas diversas, que no sería difícil hallar en los periódicos de su época, y me dicen que alguna figura en la colección de "Poesías Mexicanas" formada por el Doctor Mora y que publicó el editor Rosa en París en 1836, habiendo entre ellas algunas de Tagle, Ortega, Couto, Quintana Roo, Carpio y Pesado; pero aunque busco el nombre ó la inicial siquiera de Gorostiza, no los halló ni al pie ni en el índice de las expresadas poesías. Debe haber habido otras suyas inéditas entre los manuscritos que por su encargo y antes ó después de su muerte, destruyó su hijo Don Eduardo. (1.)

(1) En el "Museo Popular," publicación literaria mexicana de 1840, hallo á la página 46 el siguiente "Romance morisco" con la firma de D. Manuel Eduardo de Gorostiza:

No pienses, Zaida enemiga,  
 Que se ignoran tus traiciones,  
 Y lo mal que á tus palabras  
 Con tus hechos correspondes.  
 Ya sé que Tarfe te adora  
 Sin extrañar que te adore;

Con lo ya expuesto, el lector ha podido formarse idea del genio poético de Góngora. En cuanto al género de sus produc-

Que el sol para todos luce,  
Y de ninguno se esconde.  
Mas sé también que en mi daño  
Escuchaste sus razones  
Y sus finezas pagaste  
Con permitidos favores.  
Sé que tu calle pasea,  
Y que te asomas entonces,  
Y que sus ojos te hablan  
Y que los tuyos responden.  
Sé que en los juegos te sirve  
Ya vistiendo tus colores,  
Ya ornando el novel escudo  
Con la cifra de tu nombre.  
Sé, por fin, que compra el necio  
Interesadas acciones  
De esclavos, que como tales  
Su vil precio reconocen;  
Y que sepa mis agravios  
Tampoco, Zaida, te asombre,  
Que nunca falta quien cuente  
Desaires y sinsabores.  
No te pido por lo tanto  
Pensadas satisfacciones,  
Pues el que las solicita  
Luego es fuerza las abonar  
Sólo sí decirte quiero  
Que en hora buena te goces  
En los plácidos recreos

ciones dramáticas, debe ser el más difícil, puesto que tan pocos le cultivan y que contadísimos son los que han brillado en él en

De tus recientes amores:  
Que me olvides: mas no, Zaida,  
No logrará tal renombre  
El infame que me ofende  
Con sus locas pretensiones.  
Daréle muerte mil veces  
Antes que su intento logre,  
Y escribiré con su sangre  
La fecha de sus traiciones.  
Pero no quiero matarle  
Sólo porque no le llores,  
Y tus lágrimas le vuelvan  
Lo que mi acero le cobre.  
Segunda vez lo repito,  
En hora buena le goces,  
Y en tiernos lazos, tirana,  
Su constancia galardones;  
Que á mí para consolarme  
No es maravilla me sobre  
Ocasión en la memoria  
De tu trato falso y doble.  
Dijo Zulema á su Zaida  
En mal concertadas voces  
Estas quejas que sus celos  
Califican de razones:  
Ella quiso responderle,  
Mas no pudo, que á galope  
Apenas las articula,  
Para Antequera volvióse.

los tiempos pasados y presentes: no es cosa llana unir al conocimiento práctico del mundo y de las pasiones y á una filosofía profunda y sólida, el arte de hacer reir, no sólo sin daño de la moral y de la decencia, sino en favor de las buenas costumbres y del buen sentido. Alcalá Galiano ha dicho con la elegancia y el aticismo que siempre le acompañaban:

“El rostro que nos dió naturaleza  
Nuestro destino avisa,  
En la aflicción vestido de fiobleza  
Y disforme en la risa.”

Pero si las altas concepciones de Shakespeare nos corrigen y enseñan por medio de la exposición y el choque de las más fuertes pasiones, la corrección y la enseñanza que lleva consigo el chiste de Gorostiza ó de Breton no son menos reales, y son sin duda mucho más eficaces contra los defectos comunes de la humanidad. Por otra parte, la risa es uno de los bienes más positivos de que gozamos en compensación de los cuidados y amarguras que constituyen la urdimbre de la vida, y aquietta y espande el ánimo y le temple para nuevos combates. No hay, pues, que desdeñar el género á que aludo; y es de esperar que en el entusiasmo hoy reinante en México en favor de la literatura dramática, atraiga

la voluntad y los esfuerzos de algunos escritores que sientan la vocación de su cultivo.

## IX

## APOTEOSIS.

La apoteosis de Gorostiza celebrada en el Teatro Nacional de México, lo fué en la noche del 27 de diciembre de 1857, y se debió principalmente al empeño de los Sres. Mosso Hermanos. En dicha función leyeron ó hicieron leer poesias suyas D. José Ignacio de Anievas, Don Francisco González Bocanegra, Don Marcos Arroniz, Don Mariano Esteva y Ulíbarri, Don Anselmo de la Portilla, Don Emilio Rey Don Alejandro Arango y Escandón y Don Pablo J. Villaseñor. Dichas composiciones se publicaron en un cuaderno de 28 páginas en 8o., imprenta de Don Vicente García Torres, bajo el título de “Corona poética en honor de Don Manuel Eduardo de Gorostiza,” y precedidas de una breve introducción.

De los expresados poetas han muerto ya los señores Anievas, González Bocanegra, Arroniz, Esteva y Ulíbarri, Rey y Villaseñor.

## X

ALGUNAS OTRAS NOTICIAS Y REFLECCIONES.  
CONCLUSION.

Ni la variedad y abundancia de las obras de Gorostiza, ni el género de ellas tan análogo á su carácter en el trato común, le libraron del rumor calumnioso y absurdo, no poco generalizado en su tiempo, de que no eran suyas esas obras. Tal parece que la generalidad de los hombres, por inclinación natural, se muestra hostil á toda prominencia, y trata de escatimar el tributo de su estimación ó de su simple admiración, buscando para ello todo linaje de pretextos á fin de librarse de la nota de ininteligente ó ingrata. Una sola observación bastaría á demostrar lo infundado de ese rumor: las comedias todas de Gorostiza, aunque diferentes en su asunto, por sus bellezas y aun por sus mismos defectos, muestran haber sido vaciadas en un solo molde, llevan indudablemente el sello de un mismo ingenio, y por otra parte, por su pintura de las costumbres y por el curso de sus ideas, pertenecen á la época en que aparecieron, y en ella con toda seguridad han sido escritas. ¿Quién fué

y dónde estuvo el despojado autor que presenciando los triunfos del usurpador, se resignó á cederle su propia gloria? En descargo de mi conciencia he de decir que la conducta de Gorostiza respecto de su refundición de la "Emilia Galotti" de Lessing pudiera haber dado pié ó pretexto al rumor á que acabo de referirme, pues entiendo que tanto aquí al ser representada tal pieza, cuanto en Madrid al solicitar su representación, la dió por original suya ó poco menos, lo cual sólo se explica recordando la variedad de preocupaciones y caprichos que á cada sér humano acompaña.

Celoso y ufano de su gloria literaria se mostraba Gorostiza, sin hacer ostentación pueril de ella, y sin tratar de ocultarla bajo los velos de una falsa modestia. En el discurso que pronunció en los primeros exámenes de la Casa de Corrección por él fundada, dijo, en sustancia, que satisfecho ya de sus triunfos literarios y de las honras con que le había distinguido hasta allí su patria, quería consagrarse al bien de sus semejantes, promoviendo y fomentando la educación y la instrucción de la niñez desvalida. Al ordenar poco antes de su muerte á su hijo Don Eduardo la destrucción de sus manuscritos inéditos, expresó el temor de que no correspondieran en mérito á las obras suyas conocidas,

agregando que ellas bastaban al aseguramiento de su reputación de escritor.

Verdad es ésta que el tiempo se va encargando de comprobar. El curso de los años ha traído consigo el ensayo y los resultados prácticos de las doctrinas políticas del hombre de Estado, y de sus ideas respecto de instrucción pública: no es mi ánimo invadir aquí un terreno en que dejé en tiempos pasados cuanto podía dejar, el contingente bueno ó malo de las propias opiniones, el ardor de la juventud y las esperanzas del porvenir y de la fortuna; aunque sí me permito expresar la convicción de que si el utopista viviera, no se mostraría satisfecho de la obra á que cooperó teniendo indudablemente por mira la felicidad pública. Lo contrario sucedería respecto de sus trabajos literarios: no obstante que la instrucción general y la afición á la bella literatura son mucho mayores que en su tiempo, la musa que Gorostiza dejó viuda entre nosotros, aún lleva las tocas de su duelo; no halla aquí quien le haga poner en olvido al autor de "Las costumbres de antaño."

Si es grande y noble la gloria literaria de Gorostiza, lo es más ante sus compatriotas la del combatiente de Churubusco; lo es todavía más ante Dios y el pueblo cristiano la del fundador de un establecimiento de beneficencia en que se dió pan

y luz á los desvalidos, apartándolos de las tentaciones del vicio y afiliándolos en las banderas de la virtud y el trabajo. Triple corona es esta que asegura á quien la lleva la admiración y la gratitud de los hombres y las bendiciones del cielo.

